

"Había una vez... un reino"

Pasen, ipasen y vean!

¡Tomen sitio donde quieran!

Dispónganse a disfrutar

De un cuento espectacular.

Al micrófono esta guionista

Presentando a los artistas.

Aquí no verán trapecistas

en el centro de la pista;

ni tampoco domadores

que despierten ovaciones.

La estrella que esperan todos

gustará de todos modos.

Se trata de dos leones

que no son unos bufones.

Aplausos con ovación...

¡que comienza la función!

Con todos ustedes...

¡BENAVIDES Y MALOSPELOS!

- **¡Gracias, gracias, gracias amado público!**

- Pues sí, ¡aquí estamos! Somos Benavides...

- **¡Y Malospelos!**

- Y hemos venido a contaros nuestra historia.

- **Para empezar, os diremos que quisieron ponernos unos nombres diferentes.**

- Sí, sí. Íbamos a ser Daoíz y Velarde, como unos capitanes del ejército español que lucharon contra los franceses.

- **Pero cuando sólo éramos unos cachorros, nuestros compañeros del circo comenzaron a llamarnos Benavides y Malospelos y... ¡así nos hemos quedado!**

- Bueno, que no nos enrollamos más. Escuchad nuestra historia, ¡que es muy interesante!

Había una vez un circo, un circo espectacular, algo sensacional: EL GRAN CIRCO NACIONAL.

Despertaba una gran expectación allá donde iba. Los pueblos y ciudades esperaban ansiosos su llegada. La gente se alegraba, se ponían como locos de contento cuando detrás de una colina, junto a un río o en cualquier explanada, se veían los coloridos carromatos y aquellas gentes tan peculiares que ensayaban intensamente sus números cómicos, mágicos, arriesgados...

En ese circo convivían personajes y animales muy diferentes. Los malabaristas lanzaban al aire todo tipo de objetos; los trapevistas se colgaban de árboles, farolas y tejados; el mago sacaba conejos y palomas de su chistera haciendo las delicias de grandes y pequeños; los payasos arrancaban sonrisas a diestro y siniestro...

Pero si alguno contaba realmente con la simpatía del público, esos eran los animales: osos, camellos, perros adiestrados y, por encima de todos, los dos leones de hermosas melenas conocidos como Benavides y Malospelos.

Ambos eran famosos en todo el país y llegaron al circo cuando eran sólo unos cachorros. En aquel momento recibieron el nombre de Daoíz y Velarde, que como ellos os han dicho eran dos capitanes del ejército español que lucharon contra los franceses; pero pronto sus compañeros comenzaron a llamarles Benavides y Malospelos (a la vista están sus melenas) y así, con esos apodos, se hicieron famosos.

Su vida en el circo transcurría tranquila y feliz. Un día, al terminar una de sus fantásticas actuaciones, un grupo de niños se acercaron a saludar a Benavides y Malospelos. Oyeron cómo los niños hablaban entre ellos y se decían:

- ¡Qué suerte! Como hoy es el día de la Constitución y no hay cole, hemos podido venir al circo!

- ¡Es verdad! ¡Me encanta celebrar la Constitución!

Los leones miraron con cara de extrañeza, confundidos. ¿Una celebración? A ellos les encantaba tener un motivo para celebrar. Pero ¿qué era aquello tan raro que habían dicho? ¿La Constitución? No podían quedarse así; tenían que averiguar qué era aquello que los niños estaban festejando. Así que, cuando cayó la noche, muy en silencio y sin decir nada a nadie, Benavides y Malospelos se escaparon del circo.

Aquella ciudad, a la que todos llamaban Madrid, era enooooorme. Llegaron a una plaza donde un par de leones como ellos tiraban del carro de una señora muy guapa. El caso es que aquellos leones se parecían... ¡Sí! ¡No cabía duda! Eran sus primos, Hipómenes y Atalanta, que se habían ido del circo hacía ya varios años y nunca se había vuelto a saber de ellos. Se saludaron efusivamente y les explicaron que llevaban allí trabajando ya varios años. Aquella señora tan guapa, que ahora dormía plácidamente, era la Diosa Cibeles y ellos tiraban incesantemente de su carro sin abandonar su puesto de trabajo. Benavides y

Malospelos aprovecharon para preguntarles qué era aquello de la Constitución y sus primos, que sabían casi de todo se lo explicaron:

Hacía muchos años, España, este país tan precioso, se vio sumido en guerras y peleas que le dejaron cansado y dolorido. Un día en el que todos estaban hartos de esa situación, decidieron que era el momento de cambiar las cosas. Entre todos los habitantes de España se eligieron unos responsables, que se juntaron para buscar una solución. Después de mucho cavilar se dieron cuenta de que la gente tenía que aprender a comportarse en sociedad y respetar y conocer normas comunes para ser felices. Por eso decidieron escribir un libro, pero no un libro cualquiera, sino un libro en el que se recogiera un conjunto de leyes que reflejaran los derechos y los deberes de las personas. Este libro se hizo con el consentimiento de todos los españoles. Por eso, el 6 de diciembre de 1978 los españoles votaron para decir si les gustaba o no lo que sus representantes habían escrito en ese libro. ¡Y a la mayoría sí que les gustó!

Lo más importante que se explica en la Constitución es que España es un Estado Democrático que busca la justicia, la libertad y la igualdad para todos los españoles. Esto quiere decir que cualquiera puede expresar sus ideas en público, y que todos los ciudadanos pueden elegir a sus representantes (como si fueran los capitanes de un equipo de fútbol). Ahí se dice que al frente del país está el rey, y que la capital de este reino es Madrid. Se dicen cosas tan trascendentales como que todos tenemos derecho a la educación, a la sanidad, al trabajo, a una vivienda...

Todos estos cambios fueron taaaan importantes, que cada 6 de diciembre hacemos una fiesta y celebramos el cumple de nuestra Constitución.

Benavides y Malospelos escucharon a sus primos con atención. Conocieron que en la Constitución se especifica que para hacer cumplir todas esas leyes existe el Parlamento español (con el Congreso de los Diputados y el Senado), y ahí está representado el pueblo español, que es el que de verdad debe mandar en este país. El pueblo, en su conjunto, está representado concretamente por el Congreso de los Diputados. En el Congreso se celebran reuniones para que todos los diputados puedan hablar por turnos y trabajar haciendo leyes.

Benavides y Malospelos lo tuvieron clarísimo: tenían que visitar el Congreso de los Diputados y ver dónde se llevaban a cabo tantas cosas relevantes. Se despidieron, con cuidado de no despertar a la Diosa Cibeles y se encaminaron hacia allí.

Al llegar, vieron un edificio emblemático, de dos pisos, con ventanas rectas y un gran pórtico de entrada. Imágenes que representan la Fortaleza, la Justicia, la Libertad, el Valor de las Ciencias, la Armonía, las Bellas Artes, la Agricultura, El Comercio, la Paz... se distribuyen a ambos lados, donde una puerta de bronce da acceso al edificio tras subir una larga escalinata. Benavides y Malospelos habían visto suficiente. No podían volver al circo, así sin más. Allí ocurrían cosas demasiado importantes para que ellos las ignoraran. No podían dejar todo aquello así, sin protección. Así que decidieron que aquel era su sitio, y se quedaron para velar por el cumplimiento de la Constitución y ser guardianes de las libertades, derechos y deberes que allí se recogen; para asegurarse de que no se rompan

las reglas establecidas y rugir, alto y fuerte en caso necesario, si ven que algo puede alterar el buen funcionamiento de nuestro reino.

Si pasáis por Madrid, no olvidéis acercaros al Congreso. Allí veréis a Malospelos y Benavides quietos, inmóviles, atentos, para que nada les despiste. Decidles que sus compañeros del circo todavía les echan de menos, pero que entienden que tienen una misión muy importante que cumplir.

Y colorín colorado, idos leones del circo se han escapado!